

Manuel Gahete Jurado

El árbol de la vida

de José Sarria

Para quien no lo sepa, José Sarria se forma, inicialmente, en el seno del conocimiento científico. Inquieto y crítico por naturaleza, desde su adolescencia ha litigado contra las sinrazones del mundo, buscando siempre los caminos de la libertad entre el magma de las imposiciones. Como todos, es hijo de su historia y legatario de sus acciones, superándose día a día en el ámbito infinito de la efímera realidad. Este ejercicio de la voluntad, unido a su natural talento, lo llevan a realizar sus estudios universitarios en la Universidad de Málaga, donde se diploma en Ciencias Empresariales y se licencia en Ciencias Económicas, desarrollando más tarde los estudios de Derecho Tributario y Master en Dirección de Empresas en la Escuela Internacional de Negocios de Madrid.

Tan pragmática actividad no contradice en absoluto su pasión por las humanidades sino que activa el deseo eterno de la totalidad de las ciencias, ese espacio fértil donde los sabios griegos acrisolaban la sabiduría y el hombre renacentista aspiraba a dominarlo todo como única esencia de lo existente.

Esta vocación renacentista lo lleva a adentrarse en el mundo de la literatura a comienzos de los años noventa, iniciando una consciente e infatigable formación crítica y literaria. Entre 1994 y 1996 trabajó como miembro de la junta de gobierno del Ateneo de Málaga, pasando en 1997 a formar parte de la Asociación Colegial de Escritores de España, sección de Andalucía, de cuya directiva es actualmente secretario general. Asimismo es vocal de medios en la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios y secretario general de *Humanismo Solidario*, un movimiento de creadores del Mundo que ha iniciado su andadura con animoso ímpetu.

Como crítico literario ha desarrollado una intensa labor en diferentes medios literarios: *Diario Sur* y *Papel Literario*, de Málaga; *La Isla*, de Algeciras; *Cuadernos del Sur*, de Córdoba; *Granada Costa* y *EntreRíos*, de Granada; *El Cubil de la Fiera*, de Madrid; *Dos orillas*, de Algeciras; y *La Mañana* del Sáhara y del Magreb, en Marruecos.

Además son muy relevantes

- sus aportaciones ensayísticas en el terreno de la poesía: *Poesía Andaluza en Libertad. Una aproximación antológica a los poetas andaluces del último cuarto de siglo*;
- sus investigaciones tendentes a recuperar el legado y la obra de los autores contemporáneos de la literatura sefardí;
- y muy especialmente sus estudios acerca de la neoliteratura española en el Magreb, siendo coautor de una de las más destacadas antologías actuales sobre este fenómeno: *Calle del Agua. Antología contemporánea de literatura hispano-magrebí*.

Su labor en este campo lo proyecta como uno de los grandes promotores de la literatura en lengua española escrita en Marruecos, siendo invitado con asiduidad a impartir ponencias y conferencias en diferentes universidades e Institutos Cervantes del otro lado del Estrecho. Asimismo ha coordinado la edición monográfica dedicada a “al-Ándalus, el Paraíso” de la revista *EntreRíos*.

Su obra literaria se siente sólidamente vinculada a la solidaridad y la universalidad, habiendo cosechado éxitos notables, como el de ser finalista en el Premio Andalucía de la Crítica del año 2000 por su poemario *Sepharad*, haber obtenido el primer premio internacional de relatos “Cuentos del Estrecho”, por su libro *Los heraldos negros*; y el internacional Rosalía de Castro de la Casa de Galicia en Córdoba, por *El libro de las aguas*.

Los títulos de su obra poética son claramente significativos de esta pasión solidaria y universal que lo conmueve: *Prisioneros de Babel*, *La voz del desierto*, *Canciones sefardíes*, *Sepharad*, *El color de la memoria* o *Tratado de amores imposibles*, que José Sarria pretende convertir en posibles. Recogida en múltiples revistas literarias y antologías, su obra ha sido traducida al italiano (*Inventario delle Sconfitte*), al francés, al sefardí y al árabe, con un precioso libro *El árbol de la vida. Poemas para la Humanidad*.

Traducido al árabe por el prestigioso catedrático de la Universidad de la Manouba, Mohamed Néjib Ben Jemia, esta antología –que recoge poemas publicados

entre 1996 y 2013– nos acerca directamente a una visión del mundo distinta a la que solemos contemplar.

La poesía de José Sarria ha ido creciendo desde la necesidad de escribir a la potencialidad de la escritura. Ya no escribe porque necesita escribir sino necesita escribir porque escribe. Esta sutil diferencia convierte en creador al diletante y distingue a todo el que se cree escritor del que verdaderamente lo es. Ocurre como en el amor, donde todo cabe mas no todo sirve. Es un arduo proceso el de la escritura al que José Sarria se enfrenta con la humildad del que sabe que se trata de una lucha desigual en la que el inhóspito lenguaje siempre vence a la doméstica emoción que debe equilibrar con pericia y conocimiento el azaroso riesgo de la palabra incierta.

Pero Sarria ha ido estableciendo poco a poco un pacto de honor con el poema, dejando que penetre en las vías de la sangre sin imposiciones, libremente, buscando lo que tiembla en su interior, dispuesto a ser impietosamente conquistado. No es posible atraer al texto poético emociones ajenas que no hayan sido antes tamizadas por el cedazo del corazón aunque después consientan en liberarse y construir su propio mundo. El poeta tiene que partir de lo intuitivo, de lo vivido, de lo incorporado; y dejar que este jugo fermenta a su albedrío sin férula ni tiempo. A veces llega sin esperarlo, súbitamente, como un volcán irrefrenable; pero otras esta savia se revela serena y se deja desleír en una oscura luz por todos los espacios.

La palabra poética siempre es un misterio inopinado, un destello nuestro que no nos pertenece, que habla de nosotros cuando realmente lo que proclama es el grito del mundo.

José Sarria ha elegido para esta antología el título perfecto: *El árbol de la vida*. Porque no es una antología cualquiera sino el reflejo de todo un universo privativo, fluyente, irreprimible, que caracteriza al hombre y alumbra su mirada. No hay más que comprender la misión casi mística, aunque no sea José muy dado a esto de los dioses, que empapa cada fibra de su pensamiento, ese deseo poderoso de la solidaridad y la universalidad que timbra su obra, su vida y su palabra.

El árbol de la vida me remite a una selecta filmografía que, con idéntico título, aborda la cuestión esencial de la existencia. En 1957, Edward Dmytryk enfrentaba a dos leyendas del celuloide, Elizabeth Taylor y Montgomery Cliff, a descubrir el legendario árbol de la vida, del que se dice que "abre todas las cerraduras y cierra todas las

heridas". Cincuenta y cuatro años después será Terrence Malick, recurriendo a dos actores de grave estilo, Brad Pitt y Sean Penn, quien vuelva a mostrarnos ese límite delgado y abisal que puede llegar a crearse entre la realidad y el sueño, la luz y la oscuridad, después de arrojados como almas perdidas en el mundo, en busca de respuestas que expliquen el origen, el tránsito y el destino. Sarria nos adentra en su reflexión personal y poética engarzando sobre una dinámica taracea un diferente modo de ser o de existir.

Con un dulcificado timbre de ironía, sobrio pero incendiario, Sarria nos va mostrando cómo la vida nos exige óbolos no amortizables, cuyo tributo y pérdida hemos de asumir gentilmente si queremos sobrevivir con cierta dignidad. Pero nos ofrece una sabrosa alternativa, el afluyente más cálido de nuestro río de la vida que puede evadirse como un sueño del mar de la realidad. Porque el árbol de la vida que representa el poder temporal crece estrechamente ligado al árbol de la muerte, cortado por la más poderosa guadaña contra la que ningún ser humano puede litigar. Y precisamente porque “no hay nada que detenga la lujuria del tiempo”, hemos de construir puentes que nos acerquen unos a otros y nos hagan sentirnos más humanos: raíces, tronco, ramas, hojas y frutos de este paraíso perdido que es necesario recobrar.

El árbol de la vida es un canto a la fraternidad, a la comunión de identidades, a la comprensión de las diferencias, a la valoración de lo que no valoramos. Viene signado por acentos que nos acercan a un pasado nunca tan alejado para olvidarnos de que fue y aún existe; un acento que viene empapado por el sensual aroma del *Cantar de los Cantares*, tachonado del léxico precioso que nos legaron los andalusíes, cernido por el frío aliento de la elegía que nos permite aspirar a ser felices contra todos los pronósticos. Y como telón de fondo, la soledad de al-Ándalus, el vacío sereno en el que fuimos centro del Mundo, perla de Occidente y que sigue signando, a orillas del olvido, la piel de nuestras almas.

Quiero acabar, porque es ilustrativo de la verdad y calidad de estos poemas, con el texto de Trinidad Sánchez Mercader que seguro complace a mi buen amigo Jose porque explicita el argumento de confraternidad por el que viene luchando infatigable desde casi que lo conozco:

Marruecos posee una juventud lírica española y marroquí que ve, siente y hace poesía junto al sentimiento árabe. Este sentimiento se une a lo hispánico y lo poético,

hasta dar forma a una nueva modalidad de espíritu (...) la poesía, por ser universal, es el camino más fácil y seguro de la unión humana duradera.

Escuchamos tu palabra, empapada de esa tristeza que tanto te gusta y no es tristeza sino amistad y amor, sin duda lo mejor de ti mismo.

Manuel Gahete

Presidente de la Asociación Colegial de Escritores de España, sección de Andalucía.

La palabra solidaria

de Pilar Quirosa-Cheyrouze

Manuel Gahete

La poesía es una extraña luz que irradia desde lo oscuro para transformarse en palabra, en melodía, en misterio. No es fácil penetrar en ese ámbito esotérico, ligado a las impresiones del alma, construido sobre la intuición, la reflexión y el conocimiento. Pero si alguien logra traspasar su férrea coraza, puede hallar en su centro lo invisible a los ojos.

No existe superior lenguaje para descifrar las emociones, para interpretar lo que se siente, para arrancar de las sombras el fulgor poderoso de la vida. Porque la poesía indaga en los temas trascendentales, en las cuestiones que afectan a todos y cada uno de los seres humanos, descubriéndonos los significados ocultos de lo tangible, lo abstruso de la evidencia.

Cada creador escoge modos de aproximación singulares, forjados sobre los modelos culturales heredados que dan noticia del acervo intelectual, más estimable cuanto más prolífico, sobre los que erigir un espacio propio, habitado por la experiencia y la ciencia, cincelado por la sensibilidad y el talento.

La naturaleza, que hasta el siglo XIX, no pasaba de ser un escenario donde se representaba la emoción poética, el locus amoenus o belicus de las pasiones y las razones, con el Romanticismo adquiere esencial protagonismo para convertirse en agonista, en personaje, en espejo, en cómplice de los sentimientos del poeta. Este hallazgo, que nos lleva a algunas de las más deslumbrantes páginas de nuestra literatura, es el eje crucial del nuevo libro de Pilar Quirosa-Cheyrouze que, aunque no necesita de palabras previas, sí exige mención probatoria de una obra ascendente.

Pilar nace en Tetuán y allí pasará su infancia empapándose de la sensual fascinación que destila la ciudad marroquí, su blancura exuberante, su transparente cielo reflejando el azul del mar y el fulgor de las puertas doradas. Con trece años deja la ciudad del norte de África para establecer su domicilio en Almería donde actualmente reside. Se diploma en Idiomas (francés e inglés) y obtiene la licenciatura en Prehistoria e Historia Antigua. Entre 1993 y 2003 preside el Ateneo de Almería; y en la actualidad es miembro de la junta directiva de la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios (AAEC) y delegada de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles (ACE) por Almería. Ostenta el cargo de jefa de Publicaciones Externas del Departamento de Publicaciones del Instituto de Estudios Almerienses, del que dirigió durante algunos años el Departamento de Arte y Literatura. Su presencia en los medios de comunicación es muy activa, así como fecunda su gestión cultural.

Actualmente es articulista del diario Ideal, habiendo publicado en diferentes revistas y suplementos literarios: diario Europa Sur de Algeciras, suplemento literario "La Isla", y Diario Málaga-Costa del Sol, suplemento literario "Papel Literario"; así como en revistas especializadas: Foco Sur, Alhucema, Batarro, Zurgai, Anfora Nova, Faherja. Tanto por su labor periodística como por su obra literaria ha sido galardonada en repetidas ocasiones. Entre sus libros de poemas podemos citar: Orión (1990), Islas provisionales (1991), Arenal de silencios (1992), Avenida Madrid (1993), Pactos con Eleusis (1994), Por acuerdo tácito (1996), Estampas taurinas (1997), Deshabitadas estancias (1997), El lenguaje de la Hidra (1998), Et Signa Erunt (2008) y Estela sur (2010). Otra de sus pasiones es la literatura dirigida al público infantil y juvenil: La vida en un nenúfar, Bajo el cielo de Grisén, En el Planetario, A orillas del Zambeze, La Ciudad Blanca. El búho Crispín, El platillo de Tabernas y Lagartija canija y otros cuentos. Sus incursiones en el género narrativo la han llevado a publicar las novelas Azul Tristeza (2006) y Tiempo de espigas (2012), y el libro de relatos El Faro de Nerea (2009).

Valle de Lanz responde a una explosión anímica sustentada en la fuerza onírica de los valles navarros. Pero ¿por qué una mujer que ha vivido en el sur peninsular

vislumbra este poder poético en los lejanos horizontes norteños? En poesía, a veces, las razones son inextricables, pero se originan por la absoluta libertad del lenguaje para expresar lo conocido y lo ignoto, como vasos comunicantes de una misma materia vívida, sin fuertes ni fronteras.

La primera parte de Valle de Lanz lleva por título “18 de febrero”, fecha que conmemora la construcción del Arco del Triunfo (1806), símbolo de la victoria del pueblo español sobre las tropas napoleónicas, ígneo triunfo del corazón sobre la frigidez de los inviernos. Se compone de dieciséis poemas, signados por un rastro de estremecida humanidad, en los que, a ejemplo de los viejos románticos, el paisaje natural se funde con el paisaje interior del poeta, creando una atmósfera de perturbadora realidad: “La noche lo sabe / y conoce infinitas estancias / la fiebre del amor y la tristeza, / la estela futura, reconocible / en la eternidad del aire”. Monólogo interior que abre profundas y paradójicas interrogantes: “Hazme noche por siempre / lejos de la ceniza, / que mi voz se convierta / en esponja / y busque el rumor del agua / y tu huella de río interminable”. Noche y silencio firman un tratado de adhesión incorruptible que, sin embargo, auspicia el don de la esperanza: “Te adeudo / la memoria de la luz, / un lugar donde el mar es. / El regalo de las palabras, / el nuevo sol y la nueva lluvia. / Te adeudo la vida, / antes de que anochezca”.

En este himno humano de la debilidad (“Todos somos cristal / desde los cimientos”), el poeta busca una restitución, una senda en “este exilio que navega / hacia la nada”. Al final, el tiempo inexorable nos vence. Los recuerdos finalmente no son más que memoria de aquello que vivimos, escrito o no sobre la débil línea de la vida: cera, cal y nieve esparcidas por la levedad de la tierra. Y como telón de fondo esa huella incandescente del amor, de la entrega, como un tributo, una obsesión, una quimera para anclarse en el aire, en el vértigo del abismo, cuando el miedo a la caída, a la súbita pérdida de apoyo nos desarma, nos inmoviliza. No se vive verdaderamente sin trasgresión, sin aventura. Es preciso saldar la deuda de los días con arrebatos, con locura, para que nunca nos consuma la dolorosa decepción de haber convertido cada hora en oscura ceniza, en jirón de sombra, en vida perdida.

Ninguno de estos poemas lleva título salvo el decimosexto, “Pantalla negra”, homenaje férvido al cine y a un director, Stanley Kubrick, polémico y crítico por antonomasia. Es inquietante la cita que lo introduce: “Hay algo en la personalidad

humana que se resiente a las cosas claras e, inversamente, algo que atrae a los rompecabezas, a los enigmas y a las alegorías”. Es como si las fuerzas del bien y del mal se enfrentaran en una batalla simbólica sobre un gigantesco tablero de ajedrez donde nos jugamos el futuro; donde, en definitiva, el hombre sigue jugando las mismas bazas de oscuridad y luz.

“La torre de los vientos” es el epígrafe de la segunda parte, y nos remite directamente a la ateniense torre octogonal, erigida por Andrónico de Cirro, en la que se representan como seres alados cada uno de los ocho vientos principales en actitud voladora. Mucho más breve, está compuesta por ocho poemas que responden a diferentes puntos cardinales en evolución circular, cerrándose sobre sí misma, en la búsqueda del eterno retorno: “Norte”, “Noroeste”, “Oeste”, “Suroeste”, “Sur”, “Sureste”, “Este”, “Noroeste”, ocho intensos poemas, simbólicos y sintéticos con el mar como eje, sobre el que soplan los dioses del viento: bóreas, skiros, céfiro, cips, notos, euros, apeliotes, kaikas; un apasionado canto a la savia que nos unge, a la cultura mediterránea de la que somos herederos y legatarios.

Heráclito sentenciaba: “en el círculo el comienzo y el fin son uno mismo”. El círculo y la esfera son formas perfectas de creación de quien aspira a imponer un orden sosegado a las experiencias individuales y los actos de conciencia. No es fácil mantener el ansia de superación personal, abatido siempre por el esfuerzo de vivir. Pilar establece un pacto íntimo, forjado sobre pequeñas joyas de intelección poética, para remitirnos a la vieja aspiración del ser humano de conocerse y renovarse, la relación inequívoca que, desde los umbrales del Antiguo Testamento, establece una patente relación entre espíritu y sabiduría. De ahí la simbología del viento, la bíblica ruah que nos remite al soplo de la vida, la fuerza del espíritu como realidad innovadora, creadora, dinámica, unida al alma del hombre, pero sobre todo a la naturaleza y, en términos trascendentes, al aliento de Dios, para la tradición cristiana, origen y destino. Pero también en la simbología maya, el viento, representado por el color blanco, significaba la sabiduría, el principio vital que nos enseña a controlar las emociones, la luz que nos guía y nos purifica. Pangu es el primer creador en la mitología china. De su respiración surge el viento, donde habitan y se desplazan las pequeñas criaturas que habrán de convertirse en seres humanos.

Esencia y existencia, una conflagración que Pilar asume con toda su belleza y su agonía. No podía ser otro el título del poema que cierra esta serie: “Sal”, la sal de la tierra, con su doble sentido de exaltación y daño. Casi caligramático, alea en su estructura el gozo y la tristeza, el éxtasis y el llanto, la carne y el polvo, recuerdo y olvido.

Y en ruta, siempre en ruta, compartimos el esplendor fatuo de “Las mismas estrellas”, como Pilar Quirosa-Cheyrouze designa el último apartado de este libro vibrante, construido, a modo del funámbulo, sobre un hilo de luz. Son diecinueve los poemas de los que se compone esta serie, la más extensa, que se inicia con un poema dedicado al gran poeta andaluz Antonio Hernández, estribo para indagar en las vertientes de las artes, en la vibración de la música, en las fibras de la emoción: “Mientras nos abrazábamos / a la vida. Y yo pensaba, al igual / que tú, en la levedad del trayecto, / en esa rivera sentenciosa / que nos acerca a la muerte”. Tal vez pudiéramos hablar de esa música callada que arrebatava al místico carmelita, pero no es necesario alejarse tanto de la realidad que nos acucia para vibrar con “esta pieza de piano / convertida en fotograma / de silencio”; sentir la soledad “al compás de la música de Mancini”; embriagarse “mientras escuchas el saxo / de John Lurie” y la magia de Lennon, Imagine, imagine...; o la voz emboscada en la necrópolis de Abu El-Naga, perdida en la inmensa vorágine de voces que claman en el Louvre; o adivinar el aire psicodélico de Iván Zuloeta; recordar el holocausto del dirigible Hindenburg mientras suena a golpe de latido You know your right, el rock alternativo de Nirvana, en la voz de Kurt Cobain; o contemplar las imágenes de aquella niña dormida en los rostros de Auriembaix, Elisabeth, Eva, a las puertas del Shamayin, en este valle de todos, que no tiene por qué estar cimentado sobre lágrimas, aunque el invierno siempre augure la tristeza.

Sin duda es el momento de traer a la memoria la palabra de Jiménez Álvarez cuando evoca esa alta misión de la poesía a la que Quirosa-Cheyrouze consagra sus dones más preciados: “Pilar franquea siempre el riesgo de una poesía nada cómoda, hermética a veces (...) y en constante evolución hacia una forma singular de expresar y sentir un mundo subjetivo, y también real, repleto de matices. Y esto sin olvidar que se debe a la vida, a un contexto concreto, a un tiempo que le presiona y le libera del mismo modo, a unos personajes, a una realidad, en definitiva, de la que obtiene motivos con los

que recrea la vida y de la que da testimonio. Pilar es libre y libre su palabra, tierna y dulce, meditada y coherente. Siempre alerta al hondo sentir de lo humano". Porque lo humano empapa la obra de Pilar Quirosa-Cheyrouze, quien se hace eco de todas las tragedias: "Así vivimos. / Acuciados (...) / por las sombras de la noche, / ante el extraño rugir de la tierra", aunque ella sabe muy bien –porque lo manifiesta con su sola presencia y su dulce mirada- que existe el amor, la solidaridad, el abrazo, todo lo que hace posible que sobreviva la esperanza.

Córdoba, 11 de junio de 2013